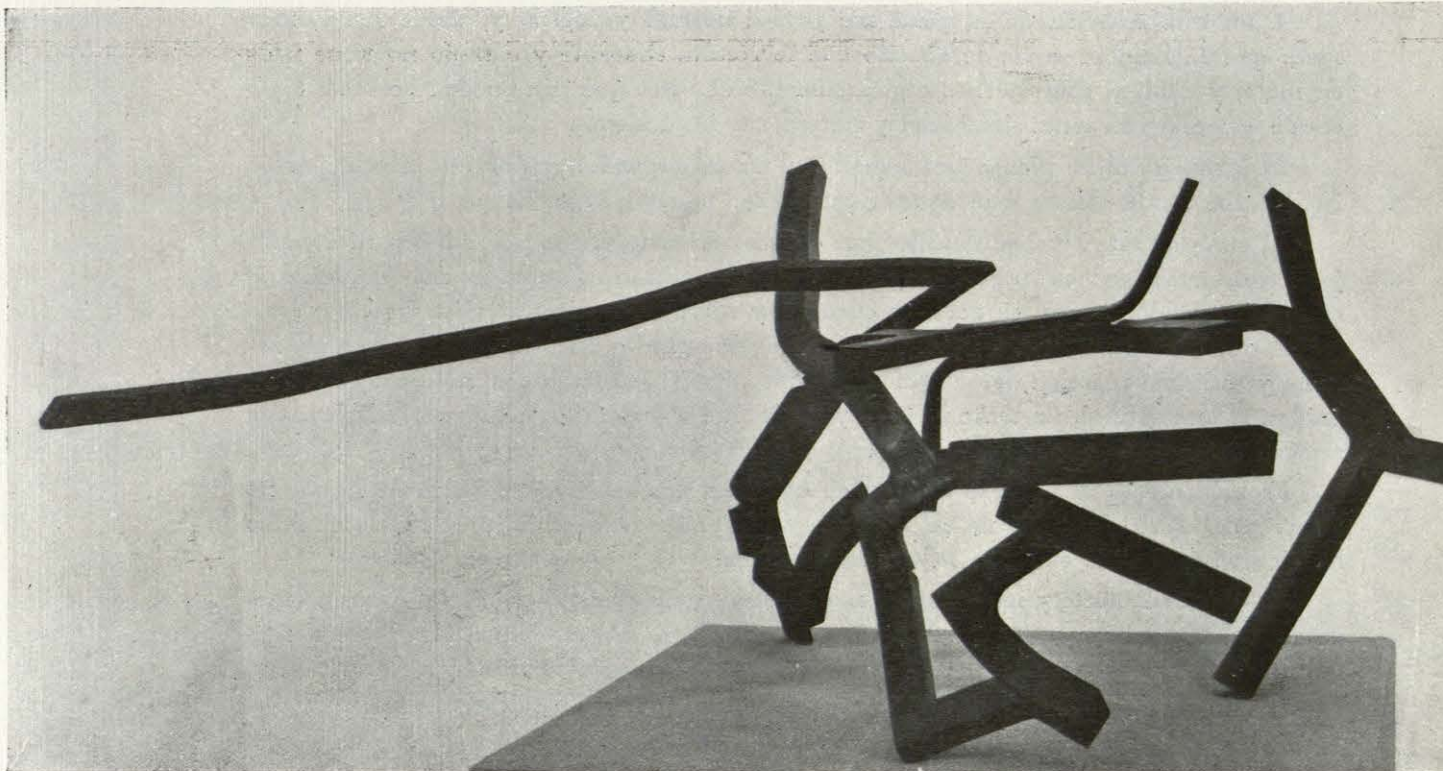




EDUARDO CHILLIDA.

Investigación y creación en el arte nuevo

Luis Trabazo

Se ha celebrado en la Sala Darro de Madrid una Exposición-homenaje a Chillida (gran premio Venecia 1958), Oteiza (primer premio Sao Paulo), Miró-Artigas (Guggenheim 1958), Tapies (primer premio Carnegie 1958), y Palazuelo (quinto premio Carnegie 1958). En el diario "Arriba" ha aparecido un interesante artículo, que por cortesía aquí se reproduce, muy oportunamente aleccionador a lo que el arte nuevo aporta a nuestro tiempo.

El arte de nuestro tiempo está sufriendo una profunda transformación, pero mucho más lenta de lo que a primera vista parece. El arte, más o menos, interesa a todo el mundo; y aunque generalmente los visitantes asiduos de las Exposiciones son sólo un número restringido de aficionados o de gentes pudientes que pueden permitirse el lujo de comprar un cuadro de precio, no por eso deja la gran mayoría de prestar atención al arte. En este último sentido, el arte es una cosa eminentemente popular.

Que el arte tiene un fondo popular no es menester demostrarlo expresamente, puesto que toda su larga historia enseña que el pueblo artesano ha tenido, en su desarrollo y evolución, una parte superior a la minoría escogida de las sociedades. Otra cosa es que luego, de entre los más preclaros artífices, se haya formado una nueva suerte de minoría o "élite".

El pueblo, pues, siente el arte de un modo espontáneo. Sin embargo, cuando un buen hombre, sin preparación especial, va a una Exposición y contempla un cuadro moderno, lo más común es que se quede atónito o que suelte la risa. ¿Qué es aquello que el buen hombre está viendo ante sus narices? El no lo entiende.

El humorismo barato de los semanarios eutrapélicos se hace mucho a base de burlas gordas sobre el arte moderno; principalmente sobre el cubismo y el abstractismo. Con ese tema se llenan cientos de chistes cada semana.

A mí esta reacción de la gente me parece normal y lógica, y, desde luego, muy sana: que un hombre se ría de aquello que le resulta chocante y extraño no tiene nada de malo, y debiera confortarnos espiritualmente el saber que aún quedan personas capaces de expresar con tanta sinceridad y pureza sus impresiones.

El hombre vulgar piensa que aquello es un mamarracho, y por eso se echa a reír. No le cabe en la cabeza que aquello pueda ser tomado en serio.

Al revés de este hombre sencillo, que expresa su sentimiento sin rebozos ni complejos, otros, mucho menos sencillos y que sin duda se figuran comprender más que ellos lo que están viendo, se quedan ante los cuadros, y sobre todo ante las risas frescas o socarronas de los vulgares, con unas caras solemnes de momias irritadas, cual si aquella honesta y sanísima reacción del sencillo fuese un ultraje intolerable a las divinidades sagradas. A esta actitud, un tanto ridícula y desde luego hipócrita, el lenguaje llama, con acuñada frase, "rasgarse las vestiduras".

Probablemente el hombre sencillo se equivoca muchas veces al reírse de lo que no comprende. Pero al menos no se equivoca respecto de sí mismo; no se engaña a sí mismo haciéndose creer que entiende lo que no entiende.

En cuanto al docto y serio Faraón momificado, muy probablemente también se equivoca otras tantas. Pero, además de no comprender lo que cree comprender hasta el fondo, se engaña a sí mismo por culpa de una serie de complejos vanos y de respetos humanos y sociales, fáciles de explicar.

Entre los ceños fruncidos y blancas dentaduras—o amarillas—el progreso eterno del

EDUARDO CHILLIDA.



arte se va oscuramente realizando; gracias a los abnegados artistas que trabajan, y no por cierto a las caras severas de los señores protectores de la doctísima seriedad.

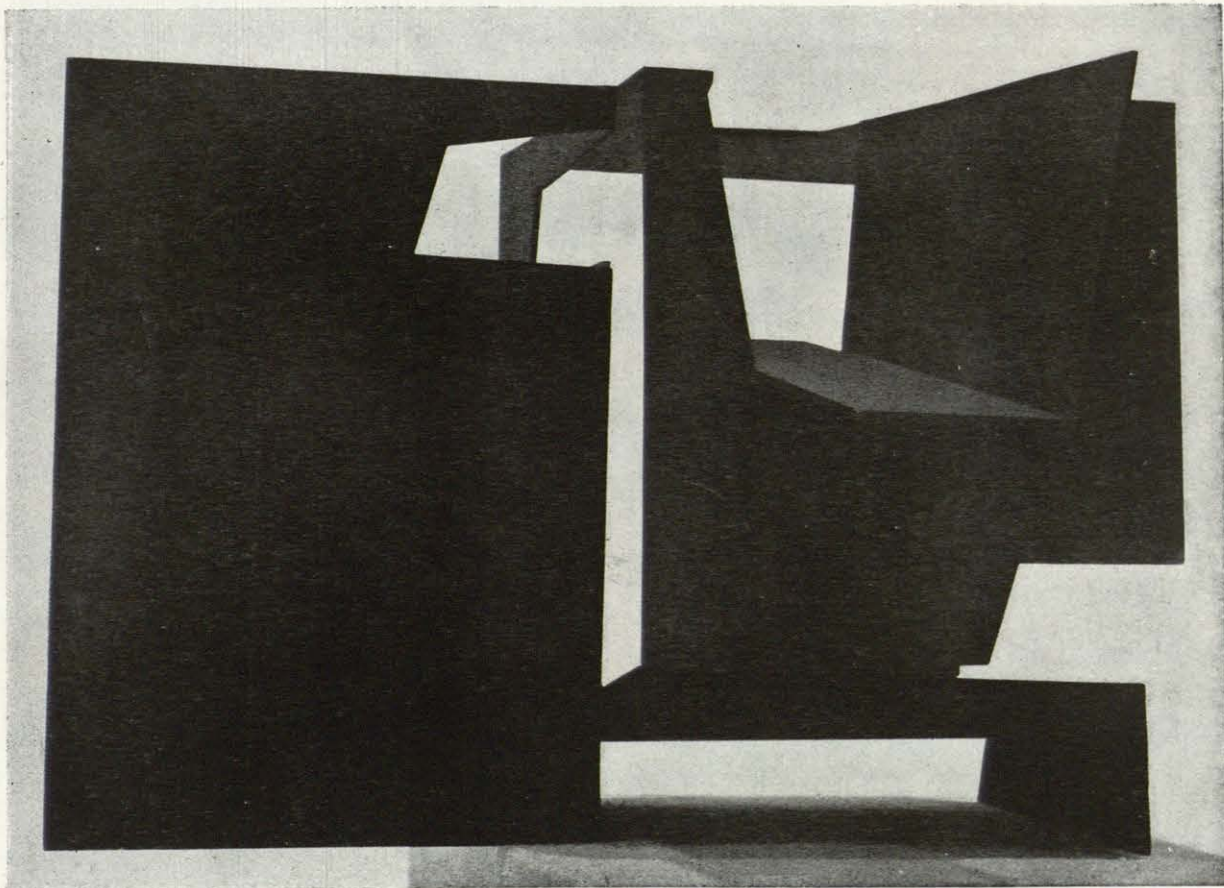
A medida que pasa el tiempo, muchas cosas que hacían reír a la buena gente ya no la hacen reír tanto. ¿Qué ha sucedido? Sencillamente, que la sensibilidad general ha cambiado y que el lenguaje y los sentimientos que parecían esotéricos se han hecho asimilables para el común. Ahora ya los escaparates de moda y las decoraciones de bares y cafés aceptan una parte de aquellos módulos que antes estaban reservados a las obras de la vanguardia; y, a través de esta generalización más asequible, el pueblo va entrando en el sentido lógico, y nada caprichoso ni esperpéntico, de esos módulos y de aquellas obras vanguardistas. Al llegar a ese punto ocurre que el arte se ha decantado y purgado de gangas: la sensibilidad nueva ha nacido porque la expresión ha alcanzado ciertas cimas eficaces y auténticas. Antes hubiera sido prematuro.

El arte es siempre una arriesgada aventura, y esa aventura la viven primero que nadie los elegidos, acompañados inmediatamente después por los audaces que se atreven a seguir a aquéllos. Finalmente, cuando la senda ha sido abierta, la transcurre y trilla la multitud gregaria.

Y llego a lo que me proponía decir: por ser una aventura tiene el arte un momento de descubrimiento y de investigación indispensable, que no constituye propiamente, y todavía, la emoción artística poético-creadora, sino que constituye más bien un experimento. Es algo parecido a lo que sucede en el campo de la ciencia: antes que vuele un cohete a la Luna es menester hacer muchos cálculos algebraicos y de otro género.

Sería, en verdad, demasiado pedir que todo el mundo se desmayase de emoción ante esos complicados y aburridos—para el profano—cálculos algebraicos. Pero hay demasiados doctores que no piden sino eso para el arte. Y también muchos artistas que confunden la simple labor de investigación y experimento con la creación definitiva.

JORGE DE OTEIZA.





ALEJANDRO FERRAN.

EDUARDO CHILLIDA.

